

Pablo Blanco-Sarto

Universidad de Navarra, Facultad de Teología, España

pblanco@unav.es

ORCID: 0000-0001-9497-1649

El inicio del camino. Fe, bautismo y pertenencia a la Iglesia en el pensamiento de Joseph Ratzinger

Początek drogi.

Wiara, chrzest i przynależność do Kościoła
w myśli Josepha Ratzingera

ABSTRACT: Through baptism the new Christian is born of water and immersed in the resurrection of Christ. This paper addresses, firstly, the liturgical dimension of the act of faith, according to the studies of the Bavarian theologian. This reviving immersion influences all the dimensions of the person: from the cognitive to the ethical, without forgetting the relational and emotional ones. After this, the social and communitarian dimension of the act of faith is emphasized, which introduces us into a believing and saving community. Finally, the author reminds us of the effects, such as the light and joy that the believer experiences after becoming aware of the baptism received. Being the common patrimony of all Christians, the first of the sacraments constitutes a good bridge and starting point for ecumenical dialogue, as the Second Vatican Council recalls (cf. UR 22).

KEYWORDS: liturgy, knowledge, relationship, Church, ecumenism, evangelization, Joseph Ratzinger, baptism

ABSTRAKT: Przez chrzest nowy chrześcijanin rodzi się z wody i zostaje zanurzony w zmartwychwstaniu Chrystusa. Niniejszy artykuł w pierwszej kolejności zwraca uwagę na liturgiczny wymiar tego aktu wiary na podstawie badań bawarskiego teologa. Odnawiające zanurzenie wpływa na wszystkie wymiary osoby: od poznawczego do etycznego, a także relacyjnego i emocjonalnego. Następnie przedstawiony jest społeczny i wspólnotowy wymiar omawianego aktu wiary, który wprowadza do zbawczej wspólnoty wierzących. W ostatniej części autor przypomina o takich skutkach, jak światło i radość, których doświadcza wierzący po uświadomieniu sobie otrzymanego chrztu. Jako wspólne dziedzictwo wszystkich chrześcijan, ten pierwszy z otrzymywanych

sakramentów stanowi dobry pomost i punkt wyjścia dla dialogu ekumenicznego, zgodnie z zaleceniami Soboru Watykańskiego II (por. UR 22).

SŁOWA KLUCZOWE: liturgia, wiedza, relacja, Kościół, ekumenizm, ewangelizacja, Joseph Ratzinger, chrzest

La fe nace de la acción del Espíritu por el rito del agua, enciende una luz en la vida y en la mente, y nos proporciona un hogar en el que vivir y entender: nace del bautismo, ofrece una nueva luz que se añade a la inteligencia –como recordaba san Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio* (n. 1)– y nos permite habitar esa casa de Dios, en la que nosotros somos “piedras vivas”, según la bonita expresión de san Pedro (1P 2,5). Si aplicamos la imagen de la vida cristiana como una peregrinación, podríamos decir que en esta se necesita agua, luz y refugio a lo largo del camino. Como homenaje al papa Francisco y al papa emérito Benedicto XVI, me parecía un buen modo de afrontar este bonito e interesante tema seguir el hilo de la encíclica *Lumen fidei* (2013), un texto escrito por ambos papas “a cuatro manos”, como se dijo en su presentación. *La luz de la fe* constituye el primer documento magisterial del papa Francisco, a la vez que presenta una evidente huella de su predecesor. En este sentido, los desarrollos del papa-teólogo realizados con anterioridad nos van a resultar especialmente útiles a la hora de comprender su contenido. En estas líneas veremos pues algunas propuestas hechas por el teólogo Joseph Ratzinger respecto al primero de los sacramentos, que auguran interesantes desarrollos en el posterior magisterio de ambos pontífices¹.

¹ Me ha resultado también esclarecedora la exposición de K. Koch, *La Iglesia de Dios. Comunión en el misterio de la fe*, Santander 2014, págs. 101–117. El tema aparece ampliamente explicado en P.G. Sottopietra, *Wissen aus der Taufe: die Aporien der neuzeitlichen Vernunft und der christliche Weg im Werk von Joseph Ratzinger*, Pustet, Regensburg 2003; A. Goudriaan, *Baptism in the Tradition of Augustine?: The Theology of Joseph Ratzinger with Respect to Baptism*, Department of Biblical Sciences and Church History; *Initiation and Mystagogy in the Christian Tradition*, Tyburg 2018. Sobre este tema pueden verse también mis previos acercamientos contenidos en *Fe, persona e Iglesia según Joseph Ratzinger*, “Scripta Theologica” 37 (2005/3), págs. 911–927; *Faith in the year of faith. Ratzinger’s proposal*, “Polonia sacra” 33 (2013/2), págs. 5–15; *La fe como camino. Agua, luz y hogar en el itinerario del creyente*, [en:] *Creer en el amor. Redescubrir la encíclica “Lumen fidei”*, Pellitero, Ramiro (eds.), Barcelona 2018, págs. 19–41. El origen de las presentes líneas se encuentra en la ponencia titulada “El inicio del camino. Fe, bautismo y pertenencia a la Iglesia: el fundamento bautismal de la condición cristiana”, presentada en el congreso *Chrzest święty dar i Wyzwanie*, en la Universidad Nicolás Copérnico de Torun (Polonia), en los días 21 y 22 de abril de 2016. Mi agradecimiento a los organizadores y a las sugerencias allí recibidas en amable camaradería con mis colegas polacos.

Fe y bautismo

La transmisión de la fe –se dice allí en el número 41– se realiza en primer lugar mediante el bautismo. Pudiera parecer que el bautismo es sólo un modo de simbolizar la confesión de fe, un acto pedagógico para quien tiene necesidad de imágenes y gestos, pero del que, en último término, se podría prescindir. [...Por el contrario] mediante el bautismo nos convertimos en criaturas nuevas y en hijos adoptivos de Dios. (...) En el bautismo el hombre recibe también una doctrina que profesar y una forma concreta de vivir, que implica a toda la persona y la pone en el camino del bien. Es transferido a un ámbito nuevo, situado en un nuevo ambiente, con una forma nueva de actuar en común, en la Iglesia. El bautismo nos recuerda así que la fe no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando solo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta. Hemos sido bautizados

así concluye el autor de la encíclica. El gesto de recordar la fecha del bautismo propiciado por el papa Francisco presenta pues un profundo simbolismo de la importancia de este sacramento.

Renacer del agua

El agua es necesaria para el camino. Como Nicodemo, hemos de volver a nacer de nuevo: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?” (Jn 3,4). Con la fe, el creyente supera el mero monólogo interior, y llega a un verdadero diálogo con Jesucristo en la Iglesia, por medio del sacramento fontal. En *Bautismo, fe y pertenencia a la Iglesia* (1976) profundizaba el teólogo Ratzinger sobre el origen sacramental de la incorporación a la Iglesia y, por tanto, de la fe. Así,

el bautismo funda comunidad de nombre con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Bajo este aspecto, es comparable al proceso de la celebración del matrimonio, que crea entre dos personas una nueva comunidad, en la que se expresa que –a partir de ahora– constituyen una unidad nueva².

² J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona 1985, pág. 34.

Con el bautismo nace la comunión con la Trinidad que crecerá a lo largo de toda la existencia cristiana; esta inicial dimensión trinitaria resulta evidente desde el bautismo recibido en nombre de las tres Personas divinas. Por eso, insistía Ratzinger, la fe requiere un largo proceso de aprendizaje, un continuo catecumenado: “La fórmula bautismal, que propiamente es un credo dialogado, presupone un largo proceso de aprendizaje. No solo quiere ser aprendido y entendido como texto, sino que debe estar ejercitado como expresión de una orientación existencial”³.

La fe supone recorrer un largo camino: fe y obras, teoría y práctica, ortodoxia y ortopraxis constituyen un requisito para recibir el bautismo, al menos en los adultos⁴. Vuelve a aparecer de esta forma una idea recurrente en Ratzinger: la intrínseca unión entre *logos* y *ethos*, conocimiento y acción, verdad y amor, así como recuerda la necesidad de la conversión para alcanzar la fe⁵. El sacramento no es la simple realización del acto litúrgico, sino que supone todo un proceso, un largo camino que exige la puesta en acto de todas las facultades de la persona: entendimiento y voluntad, emociones y sentimientos, pues la fe cristiana supone también un *ethos*: “Solo quien conoce a Jesús como camino, puede encontrarle también como verdad”⁶. La ética constituye así también un requisito para alcanzar la verdad, y por eso requiere una conversión previa que supere el abismo de la duda y las tinieblas de la sola razón. Ratzinger cierra aquí el círculo al vincular la fe, la Iglesia y el bautismo: no existe la fe como una decisión individual de alguien que permanece encerrado en sí mismo. La fe es recibida siempre en la Iglesia, en comunión con todos los demás creyentes⁷.

¿Cuáles son los elementos del bautismo que nos introducen en este nuevo “modelo de doctrina”?, pregunta el número 42 de *Lumen fidei*. Sobre el catecúmeno se invoca, en primer lugar, el nombre de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, veámos. Se le presenta así desde el principio un resumen del camino de la fe. (...) Así se ve claro el sentido de la acción que se realiza en el bautismo, la inmersión en el agua: el agua es símbolo de muerte, que nos invita a pasar por la conversión del “yo”, para que pueda abrirse a un “Yo” más grande; y a la

³ Ibidem, pág. 39. Sobre este tema será especialmente ilustrativo la futura publicación de M. van Ippersum, *Baptism in Der Geist der Liturgie: The Place of the Theology of Baptism in Ratzinger's Theology of the Liturgy*, “Gregorianum” (en prensa).

⁴ El problema del bautismo de los niños lo aborda en un anexo en ibidem, págs. 46–49; cfr. también *Evangelio, catequesis, catecismo*, Valencia 1996, págs. 24–26.

⁵ Cfr. J. Rollet, *Le Cardinal Ratzinger et la théologie contemporaine*, Paris 1987, págs. 115–127.

⁶ J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., pág. 40.

⁷ Cfr. P. Blanco Sarto, *Faith in the year...*, op. cit., págs. 6–8 y 8–10.

vez es símbolo de vida, del seno del que renacemos para seguir a Cristo en su nueva existencia. De este modo, mediante la inmersión en el agua, el bautismo nos habla de la estructura encarnada de la fe. La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de comunión.

Junto a la dimensión trinitaria, se encuentra la cristológica al identificarnos con Cristo como hijos adoptivos de Dios y, “por Cristo, con Él y en Él”, accedemos a toda la Trinidad. El bonito gesto que hace el ministro de las Iglesias orientales de bendecir a la asamblea con el niño recién bautizado -¡es templo del Espíritu, sagrario de la Trinidad!- expresa de modo gráfico esta tremenda realidad de la inhabitación.

La fe nace de un rito

Una fe que no fuera recibida en la Iglesia, no sería una fe cristiana. Ser recibido en la comunidad creyente es una parte de la fe misma y no solo un acto jurídico complementario. Esta comunidad creyente, a su vez, es comunidad sacramental: vive de algo que no se da a sí misma. Si la fe incluye poder ser aceptado y recibido por esta comunidad, debe ser también -y al mismo tiempo- un ser aceptado y recibido en el sacramento. Continuaba el teólogo Ratzinger:

El acto del bautismo expresa, pues, la doble trascendencia del acto de fe: la fe es un don a través de la comunidad que se da a sí misma. Sin esta doble trascendencia, es decir, sin la concreción sacramental, la fe no es cristiana. La justificación por la fe pide una fe que sea eclesial. Y esto quiere decir que es sacramental, que se recibe y se hace propia en el sacramento⁸.

La fe nos viene de Cristo, por medio de la Iglesia y del sacramento del bautismo. Esta nace cuando se unen encuentro y conocimiento, por lo que supone una relación personal con Cristo y comunitaria en la Iglesia, todo ello a través de los sacramentos. Y por Cristo, entramos en relación con toda la Trinidad, hasta convertirnos en morada suya.

⁸ Ibidem, pág. 46.

Para ilustrar todas estas ideas, valga una breve imagen que el entonces prefecto Ratzinger tomaba del evangelio, y en la que se resumen amor y conocimiento que proceden del encuentro del creyente con Cristo en su Iglesia. A Dios no se le conoce simplemente con el entendimiento, sino también con la voluntad y los afectos. Por eso el conocimiento de Dios en Cristo, es un camino que reclama la totalidad de nuestro ser. Lucas explica del modo más hermoso ese estar en camino nuestro, en el relato de los discípulos de Emaús (cfr. Lc 24,13-35). “Así, este camino de los discípulos de Emaús –comentaba Ratzinger– es al mismo tiempo una descripción de la Iglesia, una descripción de cómo madura el conocimiento que lleva a Dios”⁹. La fe vuelve a esos discípulos de Emaús solo cuando se encuentran a Cristo “al partir el pan”, como a nosotros nos viene solo en la Iglesia. La fe tiene su consumación en los sacramentos y en la celebración litúrgica. Toda verdadera transmisión de la fe ha de respetar esta táctica que Cristo usó en Emaús: les explica las Escrituras y parte el pan. Confluyen entonces múltiples elementos: razón y relación, experiencia y conocimiento, comunión e Iglesia, conversión y sacramentos. Es entonces cuando el creyente se dirige a Jesucristo y exclama con gran libertad: “quédate con nosotros” (Lc 24,29), y Dios se queda con nosotros y nos da la fe.

“Creo en la Iglesia”

La estructura del bautismo –continúa la encíclica *Lumen fidei* (n. 43)–, su configuración como nuevo nacimiento, en el que recibimos un nuevo nombre y una nueva vida, nos ayuda a comprender el sentido y la importancia del bautismo de niños, que ilustra en cierto modo lo que se verifica en todo bautismo. El niño no es capaz de un acto libre para recibir la fe, no puede confesarla todavía personalmente y, precisamente por eso, la confiesan sus padres y padrinos en su nombre. La fe se vive dentro de la comunidad de la Iglesia, se inscribe en un “nosotros” comunitario. Así, el niño es sostenido por otros, por sus padres y padrinos, y es acogido en la fe de ellos, que es la fe de la Iglesia, simbolizada en la luz que el padre enciende en el cirio durante la liturgia bautismal. Esta estructura del bautismo destaca la importancia de la sinergia entre la Iglesia y la familia en la transmisión de la fe. A los padres corresponde, según una sentencia de san Agustín, no sólo engendrar a los hijos, sino también llevarlos

⁹ J. Ratzinger, *Convocados en el camino de la fe*, Madrid 2004, págs. 301–302.

a Dios, para que sean regenerados como hijos de Dios por el bautismo y reciban el don de la fe¹⁰.

Nada de anabaptismos o bautismo solo de adultos, como resulta del todo evidente. En este sentido, resulta también claro el reproche de este gran converso a sus propios padres, por no haberle bautizado de niño, al principio de las *Confesiones*¹¹.

El hogar de la fe

La fe constituye así también una casa, un cobijo, un refugio, un albergue para el creyente y el peregrino. En su *Introducción al cristianismo*, a la vez que insistía en la dimensión personal del acto de fe, Joseph Ratzinger hablaba sobre su dimensión social, eclesial y comunitaria. Es evidente que la fe no es el resultado de una cavilación solitaria en la que el yo deja volar la fantasía y, libre de toda atadura, medita exclusivamente sobre la verdad. Por el contrario, el acto de fe

es más bien el resultado de un diálogo, la expresión de una escucha, de una recepción y una respuesta que, mediante el intercambio entre el yo y el tú, lleva a la persona, al "nosotros" de quienes creen lo mismo. San Pablo dice que la fe viene "de la escucha" (Rm 10,17)¹².

Fides ex auditu: la fe no es fruto de mis pensamientos sino que me viene de fuera. Por eso, la palabra no es algo de lo que dispongo y cambio a mi antojo, sino que es anterior a mí mismo: precede siempre mi pensamiento. "La nota peculiar del acontecimiento de la fe es el carácter positivo de lo que viene a mí, de lo que no nace en mí y me abre a lo que no puedo darme a mí mismo"¹³.

La fe nace del diálogo: el creyente no es un pensador –como el de Rodin–, que monologa reconcentrado en sí mismo, sino alguien que habla y escucha,

¹⁰ Cfr. *De nuptiis et concupiscentia*, I, 4, 5: PL 44,413: "Habent quippe intentionem generandi regenerandos, ut qui ex eis saeculi filii nascuntur in Dei filios renascantur".

¹¹ Conf. XII, 18.

¹² J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca 2001, pág. 79; cfr. también idem, *Palabra en la Iglesia*, Salamanca 1976, pág. 20.

¹³ J. Ratzinger, *Introducción...*, op. cit., pág. 81; cfr. también idem, *Evangelio, catequesis...*, op. cit., pág. 23.

y mantiene una animada conversación¹⁴. Es cierto que la fe viene de fuera, pero también resulta profundamente interiorizada; solo cuando se da a la vez obediencia y expresión de la propia personalidad, hay verdadera fe. La fe nace de la unión. El teólogo entonces en Tubinga explicaba la dimensión social y comunitaria de este acto de fe con la etimología de la palabra “símbolo”: *symbolum* viene de *symbollein*, un verbo griego que significa concurrir, fusionar. El trasfondo de la imagen proviene de un rito antiguo: dos partes de un anillo o de una placa que se podían unir entre sí era la señal por la que se reconocía a los huéspedes, los mensajeros o las partes contratantes. “*Symbolum* es la parte que necesita de la otra para ensamblarse, generando así unidad y reconocimiento mutuo: expresa la unidad y, a la vez, la posibilidad”¹⁵. Por eso la fe se fundamenta en un símbolo, en la recitación conjunta del credo: “No es una doctrina aislada en sí misma para sí misma, sino una forma de nuestro culto divino y de nuestra conversión, que es un viraje hacia Dios y también hacia los demás, para glorificar todos a Dios”¹⁶.

De modo parecido, en una conferencia sobre la catequesis pronunciada en París y Lyon en enero de 1983, el recién nombrado prefecto volvía a hacer mención de la dimensión eclesial del acto de fe, al referirse a la crisis de la catequesis, y que bien nos podría servir de recapitulación de lo anteriormente visto. La fe no se

¹⁴ Sobre la importancia de la Iglesia y de lo que Ratzinger llama la *Wir-Struktur*, puede verse A. Bellandi, *Fede cristiana come 'stare e comprendere'. La giustificazione dei fondamenti della fede nelle opere di Joseph Ratzinger*, pro manuscrito, Roma 1993, págs. 220–227, 361; D. Kaes, *Theologie im Anspruch von Geschichte und Wahrheit*, St Ottilien 1997, pág. 53. La filiación guardiniana de esta idea aparece desarrollada en F.-X. Heibl, *Theologische Denker als Mitarbeiter der Wahrheit – Romano Guardini and Papst Benedikt XVI*, “Mitteilungen des Institut Papst Benedikt XVI” (2008/1), págs. 72–82.

¹⁵ J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., pág. 84; R. Tura, *La teología di J. Ratzinger. Saggio introduttivo*, “Studia Patavina” 21 (1974), págs. 154–155.

¹⁶ Ibidem, pág. 85; sobre la historia y la importancia del credo, Ratzinger ha publicado *Noch einmal: “Kurtzformeln des Glaubens”* (1973) y *Das I Konzil von Konstantinopel 381* (1981), recogidos después en *Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., págs. 143–153 y 131–143. Así, del “creo” hemos de pasar al “creemos” de los símbolos africanos, que se convierte a la vez en confesión, oración y adoración. Junto a la dimensión personal del acto de fe, hemos de referirnos a la dimensión social y eclesial, pues son esenciales para la fe la profesión personal de esta misma, la palabra y la unidad que la hace operante y, finalmente, la comunidad que llamamos Iglesia. “La fe cristiana no es idea, sino vida; no es espíritu para sí, sino encarnación: espíritu en el cuerpo de la historia y en el nuestro” (ibid., 85). La esencia de ese entrar en la Iglesia supone “obediencia y servicio: superación del propio yo, liberación del yo mediante aquello que no puedo hacer ni pensar; ser libres por el servicio a la totalidad”. Sin este acto personal y libre de entrar en la comunidad de creyentes y confesantes en Cristo, no puede haber un verdadero acto de fe. Ratzinger quería pues también profundizar en el sentido comunitario de la fe y de la vida del cristiano al internarse en el mismo misterio de Dios.

dirige tan solo a situarnos ante el Tú de Dios y de Cristo: es también el contacto con aquellos a los que Dios mismo se ha comunicado. “La fe no es solamente un «yo» y un «tú», sino también un «nosotros». En este «nosotros» está vivo el memorial que nos hace volver a encontrar lo que habíamos olvidado: a Dios y a su enviado. Dicho de otra manera: no hay fe sin Iglesia”¹⁷. La conclusión parece pues clara y definitiva: una relación personal y social al mismo tiempo, en el seno de la Iglesia, constituye la dimensión profunda del acto de fe. Lo personal debe integrarse armónicamente en lo eclesial y comunitario: el “creo en Jesucristo” se pronuncia siempre “en” la Iglesia. Cristo, la Iglesia, la fe y el bautismo salen al encuentro de toda la persona y toda la existencia del creyente, podríamos concluir. El acto de fe constituye por tanto un complejo y rico equilibrio entre distintos elementos; procede sobre todo a la síntesis entre todos ellos. La fe crece en un determinado ámbito, que es lo que llamamos Iglesia¹⁸.

La señal de la alegría

La Iglesia es un albergue, un alegre refugio, una comunidad creyente que transmite la alegría de la resurrección de Cristo y de la gracia que él nos ha conquistado. *La alegría de la fe* (2013) es una condición necesaria del cristiano, nos recuerda el papa Francisco. También en otro artículo de 1977 titulado significativamente *Evangelio: la fe como confianza y alegría*, Ratzinger profundizaba en estos aspectos antropológicos y relacionales de la fe, sin renunciar por ello a la ya aludida dimensión cognoscitiva. El punto de partida eran las críticas a la fe formuladas por parte de Nietzsche y del ateísmo del siglo XX: “¿No nos ha

¹⁷ J. Ratzinger, *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, “Scripta Theologica” 15 (1983), pág. 20.

¹⁸ En otro lugar, refiriéndose a la unidad del credo, añadía Ratzinger a este respecto en 1975, ya como profesor en Ratisbona, al remitirse a su vez a uno de sus maestros. El autor de *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma* (1938), Henri de Lubac, esclarecía esta idea de creer en comunidad al explicar que, en su opinión, Dios no es soledad sino *ek-tasis*, salida total de uno mismo. La fe no será nunca solitaria, sino siempre solidaria. Aplica por tanto la categoría de la apertura al acto de fe: “Y esto significa que «el misterio de la Trinidad nos ha abierto una perspectiva enteramente nueva: el fundamento del ser es *communio*». Crecer trinitariamente significa volverse *communio*. En el terreno histórico, esto quiere decir que el yo de las fórmulas del credo es un yo colectivo: el yo de la Iglesia creyente al que pertenecen todos los «yoes» particulares como creyentes. El yo del credo abarca también el paso del yo privado al yo eclesial” (*Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., pág. 24; la cita es de H. de Lubac, *La foi chrétienne. Essai sur la structure du Symbole des Apôtres*, Paris 1970, pág. 13). La fe requiere apertura a Cristo y a su Iglesia, a imagen de la Trinidad, que se abre hacia el mundo creado y redimido.

prohibido el cristianismo [comer d]el árbol que está en el centro del Paraíso y, como consecuencia, nos lo ha prohibido todo?”¹⁹, tal como Benedicto XVI recordará también al principio de la encíclica *Deus caritas est* (2005). ¿No nos ha quitado la alegría de vivir? Frente a esta inquietante acusación, el teólogo Ratzinger proponía como única alternativa clara el evangelio:

el mensaje de Jesús es evangelio no porque nos guste de entrada de modo incondicional, o porque nos parezca cómodo o agradable; sino porque procede de aquel que tiene la verdadera clave de la alegría. No siempre la verdad resulta cómoda para el hombre; sin embargo, solo la verdad hace libres, y solo la verdad es alegre²⁰.

Amor y verdad, relación y conocimiento, y después, cruz y resurrección, dolor y gozo: el principio y el final del evangelio se presentan en la misma línea. Esta alegría evangélica, fruto de la fe, tiene remotos orígenes: “su alegría se hunde en las raíces más profundas de nuestro ser. Una de las pruebas –y no la más pequeña– de su fortaleza es el hecho de que nos sostiene incluso cuando todo lo demás, en nuestro entorno, son tinieblas. La alegría cristiana se dirige precisamente a los cansados y agobiados, a los que no ríen en este mundo”²¹. Esta alegría fundamental sería un factor estructurante de la persona que ha entrado en directa relación con Cristo en su Iglesia; se trata de convertir en una

¹⁹ J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., pág. 88; se cita a F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra* (1892), y A. Camus, *Les noces* (1939).

²⁰ J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., pág. 91; sobre la alegría como condición de posibilidad de la teología de Ratzinger, puede verse: J. Murphy, *Christ our joy. The theological vision of pope Benedict XVI*, San Francisco 2008, passim. Verdad, libertad, alegría: esta sería la misión de la Iglesia: ofrecer esa verdad encarnada en Cristo y donada por él a la Iglesia. Para hacer frente a la acusación nietzscheana de la cruz como la más aborrecible alienación y la más alta expresión del carácter negativo del cristianismo, Ratzinger explicaba el significado de la cruz en un tono positivo y existencialista; esta sería el apoyo a nuestra existencia no con palabras, sino con un acto de tal radicalidad que hace que Dios penetre de un modo tan incisivo en la carne, que hace que Dios muera en su Hijo hecho hombre. Quien es amado hasta tal punto que el otro identifica su vida con el amor y no es capaz de seguir viviendo sin él hasta la muerte, resulta amado de verdad. Si Dios nos ama así, es que somos verdaderamente amados. Entonces el amor es verdad y la verdad es amor, y la vida merece la pena. Precisamente esto es el evangelio: “El cristianismo es, desde su mismo núcleo, gozo, posibilidad de ser y estar alegres: aquel *jaire*, «alégrate» con el que inicia su andadura, resume toda su esencia” (ibidem, págs. 93–94; se refiere a Lc 1,28; cfr. J. Ratzinger, *Fede e teologia*, “Sacra Doctrina” 38, 1993, págs. 8–12).

²¹ J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos...*, op. cit., págs. 94–95.

fiesta lo que para otros constituiría un río de lágrimas. La clave está en la cruz de Jesús: allí puede recuperarse la alegría perdida, pues acaba en resurrección.

Donde la alegría está ausente, donde desaparece el sentido del humor, es seguro que ahí no está el Espíritu de Jesús. Y a la inversa: la alegría es signo de la gracia. Quien, desde el fondo de su corazón, se siente contento, quien ha sufrido pero no ha perdido la alegría, no puede estar lejos del Dios del evangelio, cuya primera palabra –en el umbral del nuevo testamento– dice: ¡alégrate!²²

Es esta de la fe una alegría compartida: el bautismo es además un sacramento esencialmente ecuménico, pues es un patrimonio común compartido con todos los cristianos que bautizan en nombre de la Trinidad.

En el centro de la catedral luterana de Riga hay una pila bautismal –evocaba el papa Francisco– que se remonta al siglo XII, cuando Letonia fue evangelizada por san Mainardo. Esa pila es señal elocuente de un origen de fe reconocida por todos los cristianos de Letonia, católicos, luteranos y ortodoxos. Ese origen es nuestro bautismo común. El concilio Vaticano II afirma que “el bautismo constituye un poderoso vínculo sacramental de unidad entre todos los que con él se han regenerado” (*Unitatis redintegratio*, 22). La primera carta de Pedro se dirige a la primera generación de cristianos para hacerles conscientes del don recibido con el bautismo y de las exigencias que comporta. También nosotros, en esta semana de oración [por la unidad de los cristianos], concluía el actual obispo de Roma, estamos invitados a redescubrir todo eso, y hacerlo juntos, yendo más allá de nuestras divisiones²³.

El bautismo nace del agua y sumerge al nuevo cristiano en la resurrección de Cristo. Nace de un rito y nos introduce en la Iglesia. No es por tanto una fe solitaria sino solidaria: nos introduce en una comunidad creyente y salvífica. Creemos siempre en la Iglesia, hogar de la fe, albergue y refugio en este peregrinar terreno hacia la patria celestial. Es esta seguridad la que nos llena de la luz y la alegría de la fe. Todos los cristianos hemos de lanzarnos a anunciar este gozo de la fe que nace del agua del bautismo y vive en la Iglesia de Cristo. El camino que comenzó con el rito del agua para todos los cristianos ha de concluir con el alimento de la eucaristía. Tenemos que recorrer juntos ese camino y superar

²² Ibidem, pág. 97; se cita a J. Pieper, *Zustimmung zur Welt. Eine Theorie des Festes*, München 1964.

²³ *Audiencia general*, Roma, 20 de enero de 2016.

–poco a poco– la dificultades surgidas (cfr. UR 22), para que al final –como los discípulos de Emaús– podamos celebrar todos en torno a la misma Mesa del Señor. Es esa la llamada del bautismo.

References

- Bellandi A., *Fede cristiana come 'stare e comprendere'. La giustificazione dei fondamenti della fede nelle opere di Joseph Ratzinger*, pro manuscripto, Roma 1993.
- Blanco-Sarto P., *Faith in the year of faith. Ratzinger's proposal*, "Polonia sacra" 33 (2013/2), págs. 5–15.
- Blanco-Sarto P., *Fe, persona e Iglesia según Joseph Ratzinger*, "Scripta Theologica" 37 (2005/3), págs. 911–927.
- Blanco-Sarto P., *La fe como camino. Agua, luz y hogar en el itinerario del creyente*, [en:] *Creer en el amor. Redescubrir la encíclica "Lumen fidei"*, Pellitero, Ramiro (eds.), Barcelona 2018, págs. 19–41.
- Goudriaan A., *Baptism in the Tradition of Augustine? The Theology of Joseph Ratzinger with Respect to Baptism*, Department of Biblical Sciences and Church History; Initiation and Mystagogy in the Christian Tradition, Tilburg 2018.
- Heibl F.X., *Theologische Denker als Mitarbeiter der Wahrheit – Romano Guardini and Papst Benedikt XVI*, "Mitteilungen des Institut Papst Benedikt XVI" (2008/1), págs. 72–82.
- Ittersum M. van., *Baptism in Der Geist der Liturgie: The Place of the Theology of Baptism in Ratzinger's Theology of the Liturgy*, "Gregorianum" (en prensa).
- Kaes D., *Theologie im Anspruch von Geschichte und Wahrheit*, St Ottilien 1997.
- Koch K., *La Iglesia de Dios. Comunión en el misterio de la fe*, Santander 2014.
- Lubac H. de, *La foi chrétienne. Essai sur la structure du Symbole des Apôtres*, Paris 1970.
- Murphy J., *Christ our joy. The theological vision of pope Benedict XVI*, San Francisco 2008.
- Papa Francisco, *Audiencia general*, Roma, 20 de enero de 2016.
- Papa Francisco, *Carta encíclica Lumen fidei* (29 de junio de 2013).
- Pieper J., *Zustimmung zur Welt. Eine Theorie des Festes*, München 1964.
- Ratzinger J., *Convocados en el camino de la fe*, Madrid 2004.
- Ratzinger J., *Evangelio, catequesis, catecismo*, Valencia 1996.
- Ratzinger J., *Fede e teologia*, "Sacra Doctrina" 38, 1993, págs. 8–12.
- Ratzinger J., *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Sígueme, Salamanca 2001.
- Ratzinger J., *Palabra en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1976.
- Ratzinger J., *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona 1985.
- Ratzinger J., *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, "Scripta Theologica" 15 (1983), págs. 9–30.
- Rollet J., *Le Cardinal Ratzinger et la théologie contemporaine*, Paris 1987.
- Sottopietra P.G., *Wissen aus der Taufe: die Aporien der neuzeitlichen Vernunft und der christliche Weg im Werk von Joseph Ratzinger*, Regensburg 2003.
- Tura R., *La teologia di J. Ratzinger. Saggio introduttivo*, "Studia Patavina" 21 (1974), págs. 154–155.

PABLO BLANCO SARTO (REV. PROF.) – professor of dogmatic theology at the Faculty of Theology of the University of Navarra in Pamplona (Spain), author of numerous publications on Joseph Ratzinger's theology and his biography. He deals with the doctrine of the Second Vatican Council, sacramentology and ecumenism. His recent publications concern Catholic-Lutheran dialogue (the most recent: *El diálogo luterano-católico: justificación, ministerio, eucaristía*, Norderstedt 2020).